

Ficha psicológica: Dimas

Lectura psicológica · contexto histórico · pregunta abierta

Dimas

Referencias bíblicas: Lucas 23:39-43

Época: ~30 d.C. — Judea bajo el dominio romano, en la Pascua Temporada: 4 | Episodio: T4E1 Título del episodio: «El ladrón que habló con Jesús en la cruz»

Hook narrativo

No se bautizó. No hizo ninguna obra. No tuvo tiempo de devolver lo robado ni de pedir perdón a sus víctimas. Dimas llegó a la eternidad con las manos vacías y un solo pedido: «Acuérdate de mí». Y recibió una promesa que no había en el mundo: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». Es la historia de salvación más corta de la Biblia, y tal vez la más escandalosa.

La historia

Es viernes de Pascua en Jerusalén. Tres hombres mueren en el Gólgota, la colina de la calavera, fuera de la muralla: dos criminales y un profeta galileo condenado por sedición. El texto los llama «malhechores» (Lc 23:32-33); los otros evangelios hablan de «ladrones» (Mt 27:38). La tradición posterior les pondrá nombres —Dimas y Gestas— y hasta una biografía completa, pero el evangelio solo nos deja ver sus últimas horas.

Al principio, los insultos van juntos. Mateo y Marcos registran que ambos lo injuriaban (Mt 27:44; Mc 15:32): «Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros» (Lc 23:39). Es la burla estándar del Gólgota, la misma que repiten los soldados y los líderes. Pero en algún momento, en medio del dolor, algo cambia en uno de ellos. El que la tradición llama Dimas reprende al otro con una lucidez que corta: «¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas este ningún mal hizo» (23:40-41).

Esa frase es todo un credo comprimido: reconoce la justicia de su propia condena, reconoce la inocencia del que está al lado, y reconoce a Dios en el momento exacto en que Dios parece más ausente. Y entonces hace lo único que le queda: «Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino» (23:42). No pide bajar de la cruz. No pide un milagro. Pide ser recordado — un hombre que va a morir en minutos pide un lugar en un reino que solo existe si aquel que muere a su lado es quien dice ser.

Jesús responde con una promesa que desafía toda la geografía de la muerte: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (23:43). Hoy. No después del juicio ni de la purificación: hoy. El ladrón entra al paraíso antes que Pedro, antes que Juan, antes que todos los que llevaban tres años siguiendo a Jesús: fue el primer creyente en entrar, y el que menos tiempo tuvo para merecerlo.

Contexto histórico

Judea es una provincia romana administrada por el prefecto Poncio Pilato. La crucifixión es la pena capital romana por excelencia —reservada a esclavos, rebeldes y criminales— y se ejecuta a la vista de todos, junto a los caminos, como advertencia. En Jerusalén, durante la Pascua, la ciudad está llena de peregrinos y las autoridades refuerzan la vigilancia. El Gólgota, «el lugar de la calavera», está fuera de la muralla, cerca de una vía transitada.

Los dos hombres ejecutados junto a Jesús probablemente no eran ladrones comunes. El término griego que Juan usa para describir al compañero de Barrabás, «ladrón» (Jn 18:40), se aplicaba también a los

insurgentes que combatían a los romanos; ejecutar a varios condenados a la vez, con uno en el centro, era una demostración de fuerza. Dimas, como lo llama la tradición, probablemente murió por un delito contra el orden romano o por bandidaje rural — la línea era difusa en la Judea ocupada. La cruz no era un lugar para inocentes: era el final anunciado de los que no tenían nada que perder.

Sobre su nombre y su pasado, el evangelio calla. Las historias apócrifas posteriores lo convirtieron en un bandido generoso que ayudó a la familia de Jesús en el escape a Egipto — leyendas piadosas, sin sustento en el texto. Lo que el relato conserva es más potente: un hombre anónimo, sin nombre, sin historia, sin tiempo, que en sus últimas palabras hizo la confesión más limpia del Nuevo Testamento.

El conflicto psicológico

Dimas vive en una hora la conversión que otros tardan décadas en procesar. Su arco pasa por tres movimientos: primero insulta, como todos; después defiende —«este ningún mal hizo»—; finalmente se entrega: «acuérdate de mí». En esos tres pasos está el camino de todo arrepentimiento: dejar de mirar a los demás para mirarse a sí mismo («nosotros justamente padecemos»), dejar de culpar a Dios para reconocerlo, y dejar de pedir salir de las consecuencias para pedir simplemente ser acogido.

Lo que hace a Dimas tan perturbador es que no tuvo tiempo de demostrar nada. No hay obras, no hay bautismo, no hay restitución, no hay comunión. Murió como vivió: ejecutado, con las manos clavadas. Su salvación descansa entera en una frase dicha entre estertores. Esa es la fuerza y el escándalo de su historia: si la gracia alcanzó a Dimas en el último minuto, entonces la gracia no es un premio que se gana — es una puerta que se abre. Y la pregunta que deja en el aire es incómoda: si un ladrón ejecutado entró al paraíso antes que los discípulos, ¿de qué presumimos los que llevamos años de camino?

La pregunta de cierre

¿Qué le dirías a Jesús si te quedaran cinco minutos de vida — y qué te detiene para decírselo hoy, que te quedan años? ¿En qué «reino» estás pidiendo ser recordado mientras tanto?

Voz

- Narrador: es-MX-JorgeNeural (Edge TTS)